

El eco de las campanadas, papelillos por el suelo, comida y bebida en exceso, abrazos y besos, buenos deseos... y la hermosura de ese Niño que venimos adorando desde el día de Nochebuena, la humildad con la que nos encontramos con Él en el pesebre, y la ejemplar sencillez de sus padres, la Virgen María y san José que con su tierna mirada provocan en los pastores un vuelco en su corazón convirtiendo en canto lo que el eco de su alegría interior les hace sentir. Serán los pastores los primeros mensajeros de salvación como recuerda san Lucas en su Evangelio: "Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído".

Ha pasado el primer día del año, un día dedicado a la paz y lo hemos vivido confortados con esta hermosa oración: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz". Que el Señor nos llene de su paz, ya que ésta no es fruto de componendas humanas, sino del sorprendente efecto de su mirada benévola sobre cada uno de nosotros.

Se van terminando las fiestas, lo que persiste es el Amor de Dios. El Amor de María, Madre nuestra. Ella acogió a Dios con alegría en su corazón, en su vida, en su cuerpo, en sus planes de vida, en sus sentimientos y, sobre todo, en su experiencia como esposa y como madre.

El año se pone en marcha y nosotros seguimos peregrinando hacia la Jerusalén celestial. Y, ¡de la mano de María, todo será más fácil!

¡María, que este año que comienza, recorra contigo mi camino de fe con confianza; que sepa conservar en mi corazón todo lo que reciba de Tu Hijo; que sea capaz de responder con entereza mi adhesión a Dios! ¡María, Madre de Dios, intercede por mí, por mi familia y mis amigos ante tu Hijo, para que el rostro de Cristo resplandezca en nosotros cada día de este año! ¡María, Madre del "sí", que sentiste en tu corazón los latidos de Tu Hijo y los timbres de su voz, háblame de Él para que se fortalezca mi fe! ¡María de Nazaret, que viviste con Jesús, muéstrame tus sentimientos, tu humildad, tu sencillez, tu docilidad, tu

silencio orante para que florezca en mi corazón la Palabra de Dios! ¡María, muéstrame a Tu Hijo, para que la fe brille en mi corazón, en mi mirada, en mis gestos, en mis palabras, en mis pensamientos... para que con ese calor que da el seguir a Jesús pueda calentar los corazones de los que se crucen en mi camino! ¡María, Señora del Magnificat, ayúdame a llevar al mundo la alegría que Tu diste a santa Isabel y la mía sea una vida de servicio a los demás! ¡María, Tú que eres la puerta del cielo, en este año que comienza ayúdame a elevar cada día la mirada a las alturas para ver siempre a Jesús y anunciar a todos los que me rodean cuán grande es Su Amor! Amén